

LA DONCELLA TEODOR

UN CUENTO DE *Las Mil y Una Noches*,

UN LIBRO DE CORDEL Y UNA COMEDIA DE LOPE
DE VEGA

Estudio publicado en el «Homenaje á D. Francisco
Cordera».



NUNCA ha sido la fantasía inventiva cualidad característica de los pueblos semíticos, á pesar de la aparente fecundidad de su literatura de imaginación. En el fondo de todas las colecciones de cuentos árabes (y no hay que hablar de las raras tentativas de los hebreos, que son labor de imitación y reflejo) suele descubrirse una mina indoeuropea. El modelo inmediato es casi siempre persa, el remoto y lejano es indio. La misma evolución que explica el *Calila y Dimna*, el *Sendebar* y el *Barlaam* se cumple, aunque no de un modo tan palmario (porque faltan muchos eslabones de la cadena, y en gran parte hay que recurrir á conjeturas) en la celebérrima y delectosísima compilación de *Las Mil y Una Noches*, que, según la opinión más acreditada entre los orientalistas, adquirió su forma actual, ú otra muy próxima á ella, á fines del siglo xv ó principios del xvi. El traductor inglés Lane la fija resueltamente entre 1475 y 1525. Fuertemente arabizados están muchos

de estos cuentos, y cualquier lector alcanza que las anécdotas, atribuidas á los califas Harún Arraxid y Almamúm, han de ser de legítima procedencia árabiga ó siria (1); pero en otros cuentos quedan tan visibles huellas de gentilismo, de magia y demonología persa, y es tan frecuente la alusión á usos y costumbres ajenos á los musulmanes, que no puede dudarse de su origen exótico, el cual, por otra parte, está comprobado respecto de la ficción general que sirve de cuadro al libro, y respecto del apólogo que hace de proemio.

Cuando en 1704 Galland, que nunca llegó á ver íntegro el texto de *Las Mil y Una Noches*, hizo de ellas su ingenioso y encantador arreglo para uso de lectores europeos, purgándolas de las mil inmundicias que en su original tienen, aligerándolas de rasgos de mal gusto, suprimiendo enteramente muchas novelas, y llenando los huecos con otras que tomó de diversos libros persas y turcos, el éxito fué inmenso y unánime; pero más po-

(1) Basta comparar *Las Mil y Una Noches*, con el *Catila y Dimna* ó con el *Sendebar* para comprender que en estas últimas colecciones no pusieron los árabes más que la lengua, continuando los cuentos tan persas ó tan indios como antes; al paso que en *Las Mil y Una Noches* hay muchos elementos tomados de la vida doméstica de los árabes y un trabajo de elaboración que puede considerarse como una creación nueva, aunque secundaria.

pular que literario. *Las Mil y Una Noches* corrieron de lengua en lengua y de mano en mano como libro de inocente pasatiempo; y lo que entre los orientales servía para incitar la dormida sensualidad en los harenes, ó para entretener en los cafés turcos la viciosa pereza de los fumadores de opio, pudo ponerse en manos de la tierna niñez europea sin más grave riesgo (y alguno es, á la verdad) que acostumar su imaginación á fábulas y consejas desatinadas, que pueden conducirla á un falso concepto de la vida y de lo maravilloso.

Admitida la obra como recreación sabrosísima por todos los pueblos de Occidente, fué mirada con desdén al principio por los orientalistas, que, no solamente desconfiaban de la fidelidad de Galland, sino que estimaban en poco el original mismo. Y en esto seguían la tradición de los musulmanes rígidos, así en escrúpulos de dogma y de moral como de gramática y literatura, los cuales suelen mirar tal obra con ojos de reprobación, no sólo por lo licencioso de su contenido (que es brutal á veces, y comparable con lo peor de la decadencia griega y latina) sino por lo plebeyo y vulgar del estilo, que es polo opuesto á la pomposa y florida retórica de las *Macamas* de Hariri, tipo de novela clásica para ellos. A tal punto llega este despego que el gran bi-

bliógrafo turco Hachi Jalfa, que da en su léxico los títulos de más de veinte mil obras en árabe, turco y persa, no se digna nombrar la más conocida entre los occidentales, el *Alif Leyla ua Leyla*.

Un texto mirado con tanta ojeriza por los moralistas y por los eruditos, entregado á la recitación vulgar y á la copia de personas imperitas no ha podido menos de ser estragado, mutilado, amplificado é interpolado de cien modos diversos, en los cuatro siglos por lo menos que cuenta de existencia formal y orgánica, prescindiendo de las vicisitudes por que hubo de pasar cada cuento antes de ser recogido é intercalado en la serie.

«Cotejadas las cuatro ediciones que hasta ahora se han publicado del texto arábigo de este libro—escribía D. Pascual de Gayangos en 1848—, y los varios manuscritos que se conservan en las bibliotecas públicas de Europa, no hay dos que se parezcan, diferenciándose mucho en el estilo y en el número y orden de los cuentos. Y la razón es obvia: *Las Mil y Una Noches* forman, por decirlo así, el patrimonio de cierta clase de gente que abunda en el Cairo, Alejandría, Damasco y otras ciudades populosas de Siria y Egipto, los cuales van por las calles, mesones, plazas y demás lugares públicos recitando, mediante una módica gratificación, cuentos sacados de

ellas, á la manera que nuestros ciegos cantan romances por las calles. Los más las saben de memoria, y de aquí la corrupción de estilo que en ellos se nota y la divergencia entre varias copias de una misma relación ó cuento (1).»

Sólo á principios del siglo XIX comenzó á fijarse la crítica sabia en la indagación de los orígenes de este libro, que pesa y significa tanto en la literatura universal, no sólo por el intrínseco valor de algunos de sus cuentos, que son obras maestras de la ficción humana, sino por las múltiples y embrolladas relaciones que tienen todos ellos con la novelística general, y por haber servido de tema, después de la publicación de Galland, á numerosas obras poéticas, especialmente del género dramático. Los eruditos que trataron por primera vez el problema, aparecieron en grave desacuerdo por lo que toca á la originalidad de los cuentos árabes. Silvestre de Sacy, ilustre restaurador de la filología oriental en Francia, sostuvo en una memoria presentada en 1832 á la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, que nada había en *Las*

(1) *Antología Española*, número 3 (1848). Artículo sobre la edición árabe de *Las Mil y Una Noches* de Calcuta, 1847. Gayangos había comenzado á traducirla, y publicó como muestra la *Historia del rey Yunán, y de lo que le aconteció con un físico llamado Dubán*.

Mil y Una Noches que no pudiese pasar por musulmán; que la escena era casi siempre en países dominados por los árabes, como Siria y Egipto; que los genios buenos y malos formaban parte de su mitología anteislámica y no habían desaparecido después, aunque se hubiesen modificado; que no se hablaba más que de las cuatro religiones que ellos conocieron: el judaísmo, el cristianismo, el mahometismo y el sabeísmo, y se manifestaba grande aversión á los adoradores del fuego. De todo esto infería que el libro hubo de ser escrito en Siria y en árabe vulgar, y que sin duda por estar incompleto se le añadieron, para completar el número de las *Noches*, varias novelas traducidas del persa, como los *Viajes de Sindbad el marino* y la *Historia de los siete visires*; y, finalmente, que debe de haber cuentos muy modernos, puesto que en algunos se menciona el café, que no comenzó á usarse como bebida hasta principios del siglo xvi.

Las conclusiones de Sacy fueron hábilmente impugnadas por Augusto Guillermo de Schlegel, cuya intuición crítica adivinó que *Las Mil y Una Noches*, en su fondo y partes principales, eran indias de origen, y de antigüedad mucho más remota de lo que se suponía, aunque forzosamente hubiesen cambiado mucho en el camino.

En una carta escrita á Silvestre de Sacy en 20 de Enero de 1833 (1) se esforzó Schlegel en probar que el cuadro y los rasgos esenciales de la mayor parte de los cuentos fantásticos, así como también varios cuentos jocosos y de intriga, son de invención india, porque se parecen extraordinariamente á otras composiciones sanscritas que conocemos, tales como los treinta y dos cuentos de las estatuas mágicas que circundaban el trono de Vicramaditya, y los setenta cuentos del Papagayo. Añadió que en muchas novelas quedaban rastros de politeísmo, á pesar del esfuerzo que habían tenido que hacer los imitadores árabes para adaptarlos á las ideas de sus correligionarios, sustituyendo el Alcorán á los Vedas; el nombre de Salomón, hijo de David, al de Visvamitra, hijo de Gadhí, ó á cualquier otro santo y milagroso varón de la mitología Brahmánica. En el cuento del pescador, los hombres de las cuatro religiones diferentes, convertidos en peces de diversos colores, habían sido primitivamente las cuatro castas de la India. La facultad de entender el lenguaje de los animales está ya en el *Ramayana*, etc. De todo esto deducía Guillermo Schlegel que *Las Mil y Una No-*

(1) *Œuvres de M. Auguste Guillaume de Schlegel, écrites en français et publiées par Edouard Böcking*. Leipzig, 1846, tomo III, págs. 3-23.

ches estaban compuestas de materiales muy heterogéneos, á cuya introducción se prestaba muy bien la forma holgadísima del libro; pero que su fondo debía de estar tomado de un texto indio que ya en la primera mitad del siglo x era conocido entre los musulmanes, según un precioso testimonio del polígrafo Almasudi.

Este texto capital y decisivo fué alegado por Hammer Purgstall en el *Journal Asiaticque* de 1827, y antes, según Schlegel, lo había sido por Langlés, editor y traductor de los *Viajes de Sindbad*. Habla Almasudi, en el capítulo 62 de sus *Prados de Oro* de cierta descripción fabulosa del Paraíso Terrenal, y añade estas palabras que copiamos, traducidas por nuestro Gayangos:

«Muchos autores ponen en duda esta y otras cosas semejantes que se hallan consignadas en las historias de los árabes, y principalmente en la que compuso Obeida ben Xeriya, y trata de los sucesos de tiempos pasados y descendencia de las naciones. El libro de Obeyda es muy común y se halla en manos de todos; pero la gente instruída pone estas y otras relaciones del mismo género en el número de esos cuentos ó historietas inventadas por astutos cortesanos, con el solo fin de divertir á los príncipes en sus momentos de ocio, y procurarse por este medio el

acceso á su persona. Pretenden, en efecto, que dicho libro no merece crédito alguno, pues pertenece á cierta clase de obras traducidas del persa, indio y griego, como son el *Hezar Efsaneh* ó Mil Cuentos, más generalmente conocido con el título de *Las Mil y Una Noches*; y son la historia y aventuras de un rey de la India y de su guacir, y de la hija del guacir llamada *Xeheryada* y de una nodriza de ésta por nombre *Duniázada*. A la misma clase pertenecen la historia de Gilkand y Ximás, la del rey de la India y sus diez guacires, las peregrinaciones y viajes de Sindbad el marino, y otros.»

El pasaje es, como se ve, terminante, pues, no sólo da el título de *Las Mil y Una Noches*, sino los nombres de las dos hijas del Visir que refieren los cuentos; y aunque no indica la fecha en que fueron traducidos, fácilmente se colige ésta por el hecho de mencionarlos juntamente con la *Historia de los diez Visires*, que es una de las variantes del *Sendebar*, y por la noticia que en otra parte da el mismo Almasudi, de haber sido comenzados á traducir en tiempo del Califa Abuchafar Almansur, que reinó desde 754 á 774, varios libros del persa, siriaco y otros idiomas, entre ellos el *Calila y Dimna*.

Pero ¿en qué lengua estaba el *Hezar Efsaneh*, que sirvió de base á *Las Mil y Una*

Noches? Todo induce á creer que en persa, aunque Almasudi hable vagamente de libros traducidos del indio y del griego. Por lo que toca á esta última derivación, sólo en los *Viajes de Sindbad*, que formaban libro aparte en tiempo de aquel polígrafo, pueden reconocerse desfiguradas reminiscencias de la *Odisea*. La hipótesis de una colección de cuentos sanscritos traducida directamente al árabe es de todo punto inverosímil y pugna con todo el proceso de la novelística.

Cuáles eran los cuentos que esta primera redacción contenía, ni siquiera puede conjeturarse, pero seguramente estaba en ella el cuento proemial ó inicial, que acaba de ilustrar con docta y sagaz erudición el insigne profesor italiano Pío Rajna, movido á tal estudio por la estrecha semejanza que dicha novela presenta con el liviano episodio de Jocondo y el rey Astolfo en el *Orlando Furioso*, cuyas fuentes ha investigado maravillosamente el mismo Rajna en uno de los libros que más honran la erudición moderna. Este cuento, uno de los más famosos en la numerosa serie de los que ponen de resalto los ardidés de la malicia femenina, se encuentra, no sólo en el *Tuti-Nameh* persa, sino en la colección india conocida con el nombre de *Çukaptati*. Posteriormente, las investigaciones de Pavolini, citadas por el mismo Rajna,

han demostrado positivamente que *Las Mil y Una Noches*, aun como colección, pasaron de la India á Persia. «No sólo es india la joya que hace el oficio de broche en este collar — dice Rajna —, sino que es indiana también la seda en que las perlas están enfiladas» (1).

Desconocidas como lo fueron del mundo occidental *Las Mil y Una Noches* hasta principios del siglo XVIII, es claro que no pudieron ejercer influencia alguna directa ni indirecta. Pero como tienen cuentos comunes con el *Calila y Dimna*, con el *Sendebâr* y con la *Disciplina Clericalis* de Pedro Alonso (por ejemplo, el de la cotorra acusadora, el de la nariz cortada...), éstos se divulgaron por medio de dichas colecciones de apólogos y ejemplos. Y no es inverosímil tampoco que algunos entrasen por tradición oral en tiempos de las Cruzadas, y fuesen utilizados en algunas narraciones francesas ó provenzales. Así nos lo persuade la semejanza entre la historia del caballo mágico y la novelita caballeresca de *Clamades y Clarimonda*; y la que muestra, no menor, *Pierrres de Provenza* y la linda *Magalona* con

(1) P. Rajna. *Per l'origine della novella proemiale delle «Mille e una notte»* (En el *Giornale della Società Asiatica Italiana*, Florencia, 1859, tomo XII, págs. 171-196.)

Pavolini. *Di un altro richiamo indiano alla cornice delle «Mille e una notte»*. En el mismo volumen del *Giornale*, págs. 159-62.

la historia del príncipe Camaralzamán y la princesa Badura, en el incidente del cintillo de diamantes arrebatado por un gavilán, que determina la larga separación de los dos amantes. Y es cierto también que de la tradición oral, y no de ningún texto escrito, vino á Sercambi y al Ariosto la novela de Jocondo y Astolfo, aunque no se tome por lo serio la aserción del poeta ferrarés que dice haberla aprendido de su amigo el caballero veneciano Juan Francisco Valerio, grande enemigo y detractor del sexo femenino.

Un solo cuento de los que hoy figuran en *Las Mil y Una Noches* (1) se incorporó desde muy antiguo en la literatura popular castellana, transmitido directamente del original árabe, y es, por cierto, uno de los que Galland dejó sin traducir.

(1) Existen en lengua inglesa dos versiones muy autorizadas de *Las Mil y Una Noches*, á las cuales forzosamente tiene que recurrir el lector no arabista. La de Lane es más compendiosa y expurgada; la de Burton, literalísima.

The Thousand and One Nights, commonly called in England The Arabian Nights' Entertainments. A new translation from the arabic, with copious notes. By E. W. Lane. (Londres, 1839-41.)

A plain and literal translation of the Arabian Nights' Entertainments, now entitled, The book of the Thousand Nights and a Night. Benares, 1885.

La traducción francesa del Dr. Mardrus, en catorce volúmenes (*Le Livre des Mille et une Nuit. Traduction littérale et complète du texte arabe.* París, 1890 y ss.) goza de poco crédito entre los orientalistas.

Me refiero á la *Historia de la doncella Teodor*, que todavía figura entre los libros de cordel, aunque lastimosamente modernizada, y cuyas ediciones conocidas se remontan á 1524 por lo menos (1). El texto publi-

(1) Las dos ediciones más antiguas de que hay memoria son las que se mencionan en el *Registrum* de don Fernando Colón (números 2172 y 4062), ambas sin fecha, pero seguramente anteriores á 1539 en que murió aquel célebre bibliófilo, y una de ellas á 1524, en que D. Fernando la adquirió por seis maravedises en Medina del Campo.

Una de estas ediciones pudo ser la que tuvo Salvá (número 1592 de su *Catálogo*) que la supone impresa hacia 1520. Vió además otra que le pareció estampada hacia 1535. Knust cita una de Burgos, 1537.

En la rica biblioteca del Duque de T'Serclaes Tilly (Sevilla) he examinado la rarísima edición siguiente:

—«*La doçella Teodor. | Reg. Mercader. Donçella* (tres figuritas) *| Esta es la histo | ria de la donçe | lla Theodor.* (Año 1.5.4.5.

Gót. 12 hs. sin foliar. Con grabados en madera.

(Al fin.) *Aquí se acaba la historia de la do-çella theodor. Fue impresa en Seulla por Estacio Carpintero. | Acabose.* Año M. D. XLV.

D. Pascual Gayangos (apud Gallardo, *Ensayo*, números 1209-1216) describe las siguientes: Zaragoza, por Juana Millán, viuda de Pedro Hardoyn, á quince días del mes de Mayo de 1540; Toledo, en casa de Fernando de Santa Catalina, 1543; dos sin fecha, impresas respectivamente en Segovia y Sevilla, que se conservan una y otra en la Biblioteca Imperial de Viena. Müller añade la de 1554, que se guarda en la Biblioteca Real de Baviera, y Mone la de Sevilla, 1545. Todas estas ediciones son góticas, suelen constar de dos páginas de impresión, llevan en el frontispicio tres figuras, que representan una doncella, un mercader y un rey sentado, y tienen, además, estampas intercaladas en el texto. Del siglo xvii existen: por lo menos, la de Alcalá de Henares, en casa de Juan Gracián, 1607; la de Sevilla por Pedro Gómez de Pastrana, 1642 (con este título

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

cado por Knust (1) con arreglo á dos códices del Escorial (*capítulo que habla de los ejemplos é castigos de Teodor, la doncella*), tiene todos los caracteres del estilo del siglo XIV (si es que no se remonta á fines del XIII, en que se tradujeron tantas obras análogas), y en todo lo sustancial conviene con los textos de *Las Mil y Una Noches* modernamente impresos en Bulac y en Beirut, y con otro, al parecer más moderno, que Gayangos poseyó, atribuído á Abubéquer Aluarrac, célebre escritor del siglo segundo de la Hégira (*Historia de la doncella Theodor, y de lo que le*

La historia de la donzella Teodor por Mosen Alfonso Aragonés) y la de Valencia, por Gerónimo Vilagrassa, 1676, que se dice *nuevamente corregida é historiada y adornada por Francisco Pinardo*. En 1726 imprimió en Madrid Juan Sanz la *Historia de la doncella Teodor en que trata de su grande hermosura y sabiduria*. En el siglo XIX han continuado las ediciones de cordel muy modernizadas en el lenguaje.

La leyenda castellana fué traducida al portugués: *Historia da doncella Theodora* por Carlos Ferreyra, Lisboa, 1735, 1738.... pero la traducción debe de ser anterior por lo menos en un siglo, si es que á ella se refiere la prohibición que el *Índice Expurgatorio* de 1624 hizo del *Auto ou Historia de Theodora donzella*. T. Braga (*O Povo Portuguez*, Lisboa; 1886, tomo II, pág. 466) cita una continuación ó imitación que en portugués existe con el título de *Acto de un certamen político que defendeu a discreta doncella Theodora no reino de Tunes; contém nove conclusões de Cupido, sentenciosamente discretas e rhetoricamente ornadas*.

(1) *Mittheilungen aus dem Eskorial, von Hermann Knust. Tübingen, 1879* (Publicado por la Sociedad Literaria de Stuttgart), págs. 307-517.

aconteció con un estrellero, un ulema y un poeta en la corte de Bogdad) (1).

Para seguir, aunque rápidamente, las vicisitudes de este cuento hasta que Lope de Vega le dió forma dramática, comenzaremos por la novela de *Las Mil y Una Noches*, valiéndonos de la traducción abreviada que para nuestro uso ha hecho el joven y aventajado profesor arabista D. Miguel Asín, teniendo presentes las dos ya citadas ediciones de Bulac y Beirut (2).

Había en Bagdad un hombre que poseía cuantiosas riquezas. Era mercader, y todos sus negocios habían sido prósperos; pero Dios no le había dado hijos como él deseaba. Así pasaron los años, sin que pudiera satisfacer sus ansias. Conforme avanzaba en edad y se iban debilitando sus fuerzas, íbase apoderando de él más y más la tristeza, previendo que no tendría hijos que le heredasen y conservaran su fortuna y perpetuaran su nombre. En tal estado, encomendó á Dios su suerte con toda humildad; ayunó, pasó las

(1) Este manuscrito se conserva ahora en la Biblioteca de la Academia de la Historia, y de él dió sucinta noticia Gayangos en sus notas á la *Historia de la Literatura Española* de Ticknor (edición castellana de 1851, tomo II, páginas 554-557).

(2) Edición Bulac, 1308 de la Hégira, tomo II, páginas 237-258.

Edición Beirut, tomo III, págs. 108-142.

noches en vigilia, visitó los sepulcros de los santos é hizo á Dios votos y promesas. Dios escuchó sus súplicas y aceptó benigno sus votos. A los pocos días cohabitó con una de sus mujeres, la cual concibió al punto, y pasados los meses de preñez dió á luz un hijo varón. Su padre, agradecido á Dios, cumplió sus votos, haciendo cuantiosas limosnas y vistiendo á huérfanos é indigentes. A los siete días le puso por nombre Abulhasán, y le entregó al cuidado de nodrizas, niñeras, criados y esclavas. El niño creció, y cuando estuvo en edad, aprendió el Alcorán y las obligaciones religiosas, la escritura, la versificación, la contabilidad y el tiro de las flechas. Era el joven más hermoso de su tiempo; tenía el rostro muy gracioso y el hablar muy fino y elegante; cimbreábase al andar con apostura y cierta arrogancia (sigue una fastidiosa descripción de las dotes físicas y morales del mancebo).

Cuando el muchacho llegó á hombre, su padre hizole sentar cierto día ante él, y le dijo: «Hijo mío, mi fin se aproxima, es inminente mi muerte: sólo me resta caminar hacia Dios. Déjote en dinero, aldeas, posesiones y huertos, cuanto puede hartar á tus nietos. Teme, pues, á Dios en agradecimiento á los beneficios que te dispensa.» A los pocos días enfermó y murió. Su hijo hizole suntuosos

funerales y le dió sepultura. Después regresó á su casa y no hacía otra cosa día y noche que dolerse de la muerte de su padre. Sus amigos entraban á consolarle, y le decían: «El que como tú hereda, no ha muerto; y el que ha muerto, muerto está. No sienta bien ese desconsuelo más que á los niños y mujercuelas.» Tanto insistieron, que lograron llevarle al baño y disipar su tristeza.

Cuando estuvo allí, olvidóse de los encargos que su padre le había hecho. Pensó neciamente que la vida no tenía fin y que sus riquezas eran inagotables, y se dió á comer y beber, á gozar y á cantar, á disipar y derrochar el oro en orgías y banquetes, hasta que fueron desapareciendo de entre sus manos los cuantiosos caudales de su padre. Por fin quedóse solo, con una esclava que su padre le había dejado entre la herencia.

Era esta esclava sin par en belleza, esplendor y perfección; ilustradísima en todas las ciencias y literatura, elocuente y fácil de palabra, y además llena de gracia y atractivo. (Sigue una descripción física de la doncella, con todas las frases hechas y lugares comunes propios de los cuentistas árabes: cinco pies de estatura, ojos de gacela, mejillas brillantes como la luna, boca como el sello de Salomón, dientes como perlas, etc., etc.)

Cuando Abulhasán se vió en la miseria,

pasó tres días sin encontrar gusto en la comida ni descanso en el sueño. La doncella le dijo: «Señor mío, llévame al Emir de los creyentes Harún Arraxid, el quinto de los Abasies, y pídele como precio por mí diez mil dinares. Si encontrare caro el precio, díle que valgo mucho más y que me ponga á prueba, porque no hay nadie semejante á mí, y sólo el Emir es digno de poseerme.» Y añadió: «No me vendas por menor precio que ése, porque es muy pequeño para lo que yo valgo.» Abulhasán ignoraba el valor de su doncella. Llevóla á Harún Arraxid, y díjole lo que ella le había encargado. El Emir preguntó á la doncella: «¿Cómo te llamas?» — «Teudod». — «¿Qué ciencias conoces?» — «Gramática, poesía, derecho, exégesis, lexicología, música, ciencia de la división de herencias, contabilidad, geometría y la historia fabulosa de los antiguos tiempos. Conozco también el Alcorán y le he estudiado por el método de las siete lecturas, de las diez y de las catorce. Conozco el número de sus versículos, de sus secciones y partes cuartas, mitades, octavas y décimas, el número de las prosternaciones que contiene y el de sus letras. Sé también cuáles son los textos derogantes y los derogados, qué capítulos son de Medina y cuáles de la Meca, y las circunstancias de la revelación divina. Conozco

igualmente las tradiciones del Profeta por razón y autoridad, y distingo las que ascienden hasta el Profeta de las que están interrumpidas. También he estudiado las ciencias matemáticas y la filosofía peripatética, la lógica, la retórica y la elocuencia. He aprendido de memoria muchos saberes y he escrito poesía. Sé tañer el laúd y conozco el arte del canto. En suma, he llegado en todos los conocimientos humanos á un grado á que sólo llegan los más eximios sabios.»

Maravillóse el Califa de oír tales cosas dichas con tal elocuencia por una muchacha de tan pocos años, y volviéndose al dueño de ella, dijo:

—Yo haré venir á quien discuta con ella sobre todas esas materias. Si á todo contesta satisfactoriamente, te daré ese precio y más. Si no, te quedas con ella.

—Perfectamente—contestó Abulhasán.

El Califa escribió á su Gobernador de Badora ordenándole que le enviase con toda diligencia á Abraham, hijo de Siar, el literato más famoso de entonces por su ilustración en polémica, en elocuencia, poesía y lógica. A éste le mandó que trajese á su presencia lectores alcoránicos, sabios tradicionalistas, médicos, astrónomos, matemáticos, filósofos y peripatéticos. A todos ellos superaba Abraham. Vinieron, pues, ignorando el objeto

para que se los llamaba, y el Califa mandó que se sentasen y que se presentara la doncella Teudod. Apareció ésta como estrella refulgente, y á una señal del Califa sentóse en un escabel de oro, saludó y comenzó á hablar:

—¡Oh, Emir de los creyentes! Manda á estos lectores... que me interroguen...»

Comienzan los exámenes por este orden:

1.º De derecho.

2.º De ascética.

3.º De lecturas alcoránicas, gramática y lexicología.

4.º De medicina.

5.º De todas las ciencias. Este último ejercicio, que es el más duro de todos, le dirige en persona Abraham el polemista.

Cada examinador interroga largamente á Teudod sobre su ciencia respectiva. El conjunto de las preguntas forma una especie de enciclopedia musulmana. A todas contesta satisfactoriamente la doncella, y luego hace una, dos ó tres preguntas á su examinador, que, por supuesto, se queda pegado á la pared. La doncella contesta por él, y el Califa, en señal de la victoria, despoja de sus insignias académicas al cuitado Abraham el polemista, y carga con tales arreos á la doncella. En cuanto al estilo de las preguntas hay que notar que cada vez van siendo más conceptuo-

sas y sutiles, hasta convertirse en verdaderos enigmas, sobre todo las del examen séptimo.

Después el Califa hace venir jugadores de ajedrez, dados y tablas, y tañedores de varios instrumentos, y á todos los vence la doncella en sus respectivas artes y habilidades.

El Califa admirado exclama:

—Bendígate Dios y á quien te enseñó.

La doncella se postra en tierra. El Califa manda entregar á Abulhasán cien mil *din*ares, y dice á la doncella:

—¿Qué favor me pides?

—Que me devuelvas á mi dueño.

El Califa accede, la obsequia con otros cinco mil dinares, y hace á su dueño oficial de su corte con pensión mensual de mil dinares.

El cuento, como se ve, pertenece á la parte enteramente árabe ó musulmana de *Las Mil y Una Noches*, que suele ser la menos ingeniosa y divertida. La invención es pobrísima y el fondo se reduce á un alarde pedantesco de todo lo que el vulgo árabe tenía por ciencia. Pero el tipo de la resabida doncella Teodor (caso fulminante de feminismo) resulta, contra el propósito del autor, cómico por todo extremo, y tan contemporáneo nuestro como del espléndido Califa Harún Arraxid.